

*¿Cuándo llegará un real reconocimiento
a la importancia de los bibliotecarios escolares ?*

Michèle Petit*

« La biblioteca escolar habrá de ser un auténtico centro de recursos, un manantial eterno de información, de sugerencias, de actividades socioculturales y a la vez festivas, una fuente inagotable de herramientas para ampliar el conocimiento, y, al mismo tiempo, la cuna de la fantasía, el hogar de lo poético, el rincón de la palabra serena, la amistad, la libertad y los sueños ».

Kepa Osoro²

En primer lugar, quisiera agradecer a la Biblioteca Nacional de Maestros del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, y particularmente a Graciela Perrone y Adriana Redondo, el honor de invitarme a participar en estas VII Jornadas nacionales de Bibliotecas Escolares. Es para mí una gran emoción encontrarme con ustedes, tantos y venidos de todas las regiones de la Argentina, las que aún no tuve oportunidad de conocer, y con las cuales a menudo soñé. Mi gratitud se dirige también a Ani Diamant, quien tradujo el texto de esa conferencia.

Agradezco a Graciela y a Adriana por su invitación y por su confianza, a pesar de lo mucho que desconozco sobre las bibliotecas escolares de este país. Más que intentar compensar mi ignorancia leyendo un montón de informaciones sobre la situación de esas bibliotecas, pensé que era mejor

* Antropóloga, Laboratorio LADYSS (Centre National de la Recherche Scientifique/Université Paris I.)
2, rue Valette, 75005 Paris, Francia. petitmic@univ-paris1.fr

© by Michèle Petit

² « La biblioteca escolar : ventajas y compromisos », in *Bibliotecas públicas y escolares*, Hojas Selectas, Fundalectura, Bogotá, 2001, p. 38.

reflexionar partiendo de lo que sí sé de sus homólogos en otros países, gracias a lo que me han dicho los usuarios. En efecto, lo que aprendí sobre esas bibliotecas, se lo debo ante todo a quienes las utilizan, docentes o alumnos. Para iniciar mi reflexión, releí los comentarios sobre bibliotecas escolares que encontré en las entrevistas que realicé a lo largo de los años, o durante mis viajes a distintos países. Y al reunirlos y revisarlos, me asombró la gran diversidad de situaciones que evocaron.

Una frecuente ignorancia sobre la importancia de las bibliotecas escolares

En el mejor de los casos, nos encontramos en una biblioteca como la que anima Mariano Coronas, por ejemplo, en el norte de España. Voy a leerles algunas líneas del blog³ en el que Mariano se afligía por la imposibilidad momentánea de recurrir a esa biblioteca por causa de unas obras : « *Ayer por la tarde, con el periódico en la mano, les hablaba a los chicos del mar de Aral y del intento de la ONU de regenerarlo y paliar, en parte, la catástrofe ecológica generada por su desecación parcial. Ahí quedó la cosa, ante la imposibilidad de utilizar atlas, enciclopedias u otras formas de información, para ampliar nuestros conocimientos y para satisfacer la curiosidad. Lo mismo pasó con el eclipse anular de sol o con los huracanes de este inicio de otoño o con el terremoto de Pakistán. La biblioteca escolar es para mí un recinto necesario donde encuentro los recursos adecuados para ofrecer a chicos y chicas otras vías de trabajo, nuevos puntos de vista, más información, etc La echo mucho a faltar también como espacio para practicar la lectura en voz alta o de forma personal y silenciosa ; para poder echar mano de libros de todo tipo para enseñar, leer, contar ; para que cada cual*

³ Mariano Coronas Cabrero, <http://gurrion.blogia.com> Véase también la revista *Aula libre*, 83, marzo del 2006.

recorra las estanterías mirando, hojeando, dejando o leyendo... Espero con impaciencia el momento en que de nuevo, ese espacio mágico y crucial para acercarnos a muchos aprendizajes, vuelva a estar abierto y sea posible reanudar la actividad.

Mañana es miércoles y tampoco podremos juntarnos en la biblioteca escolar con las madres cuentacuentos para leer libros que luego serán interpretados ante todos los niños y niñas del colegio. Una pequeña tragedia para mí, sin duda, esa de vivir sin biblioteca escolar. »

Por suerte, la tragedia duró poco y hoy, tanto los niños como los maestros o las madres cuentacuentos pueden acceder nuevamente a ese espacio « mágico y crucial », como dice Mariano y aprovechar de las competencias múltiples, del entusiasmo, de la inventiva de este profesional. Han reencontrado allí un fondo de libros diversificado, actualizado, muy pensado, así como tecnologías de punta. Afortunadamente, en distintos países, tuve oportunidad de visitar bibliotecas escolares como aquella, donde todo está pensado para suscitar la curiosidad del niño y su deseo de apropiarse la cultura escrita.

Pero para otros, la tragedia es permanente. Y en el peor de los casos, nos encontramos en esa situación, que me contó recientemente un joven brasileño de unos veinte años : *"En la escuela, la biblioteca era el lugar donde se nos encerraba cuando nos castigaban ; nos encerraban allí y apagaban la luz, quedaba oscuro y permanecíamos en la oscuridad total "*. Hasta entonces, nunca había escuchado que se confinaba a niños a las tinieblas, en un lugar que llevaba el nombre de "biblioteca". En cambio, que se relegue a los castigados aunque sin apagar la luz, es una práctica corriente de uno y otro lado del Atlántico. Sí sabemos que es – muchas veces - el lugar al que se destina también a los docentes deprimidos que no se sienten en condiciones de

enseñar, debe ser una escena muy frecuente, en la biblioteca escolar, la del encuentro entre un alumno castigado y un docente deprimido. ¿Quién sabe que ocurre en tales encuentros ? ¡Quizá, de vez en cuando, cosas sorprendentes !

También son habituales las escenas en las que los castigados son los libros: un local cerrado con llave, en el que no se relegan alumnos, sino cajas de libros, llegadas un día de un alejado Ministerio y olvidadas allí, puesto que nadie había sido consultado ni capacitado para recibir esos incómodos intrusos.

Entre el mejor de los casos y el peor, se encuentran toda clase de situaciones, que ilustraré llevándolos a México y leyéndoles un pasaje de un texto escrito por Aurelio Osuna Jau, después de haber visitado una quincena de escuelas primarias de la ciudad de Culiacán. El también quedó impactado por los contrastes.: *« Así, encontramos escuelas en las que hasta la fecha no se han instalado las bibliotecas de aula y que aun contando con un anexo especial para biblioteca escolar, ésta funciona a medias o de plano es un espacio abandonado, con libros empolvados en los anaqueles, o guardados en las cajas de cartón todavía. Escuelas con una biblioteca hermosamente instalada, pero aún sin convertirse en un espacio vivo, para el recreo literario, donde acudan los maestros, los alumnos y los padres de familia a alimentar su espíritu y su intelecto, o simplemente a salir de la rutina cotidiana y sumergirse en el ensueño que puede brincar una buena lectura. Encontramos maestros que en su aula tienen la mesa puesta, literalmente, con los libros al alcance de sus alumnos y los incitan, los invitan y les permiten adentrarse en esos mundos fantásticos, no sólo como tarea escolar, sino propiciando ese otro acercamiento distinto a los textos, que permiten el descubrimiento y el enamoramiento de las palabras escritas (...) Encontramos escuelas en las que la biblioteca en casos de urgencia se convierte también en*

bodega donde se guardan materiales de construcción ; y las tablas, las sillas destartadas y los sacos de cemento se apilan en frente de los estantes donde se guardan los libros. Etc. » Aurelio comenta : « Transitar en ese recorrido de una escuela a otra, fue transitar entre el desaliento y el optimismo (...) Justificaciones sobran, pretextos para hacer o para no hacer se encuentran de todos los matices. Pero lo que definitivamente resulta insoslayable, porque salta a la vista, es que falta mucho por hacer, para que las cosas sean como deben ser. ⁴ ».

Ustedes tendrán quizá la ocasión de proporcionarme anécdotas divertidas o lamentables relativas a ese país. Pero los contrastes no son exclusivos de este continente. En Francia, en las escuelas primarias, algunos equipos llevan adelante proyectos excelentes. Pero también hay numerosas bibliotecas que conocen de las dificultades de supervivencia vinculadas a la ausencia de medios y personal⁵. La tercera parte de ellas no disponen de presupuesto para realizar adquisiciones, las otras tienen recursos muy modestos⁶. No pueden ofrecer colecciones vivas, que se desarrollen y se renueven. Es muy raro que cuenten con un profesional destinado a su funcionamiento y éste queda en manos de un “bricolaje” o de voluntarios. En la enseñanza secundaria, más del 90% de nuestros establecimientos cuentan con un "Centro de documentación y de información" y existe desde hace diecisiete años un cuerpo de profesionales especializados encargados de hacerlos vivir. Pero la disparidad de medios es grande - a partir de los indicadores sobre los medios y actividades de las bibliotecas escolares con que

⁴ Aurelio Osuna Jau, « Entre el optimismo y el desaliento, de la biblioteca de aula a la biblioteca escolar ». Agradezco a Rigoberto González Nicolás el haberme hecho llegar este texto.

⁵ Annick Lorant-Joly, « Des espaces de transition : la BCD et le CDI », in P. Demougin et JF Massol (coord.), *Lecture privée et lecture scolaire*, CRDP Grenoble, 1999, p. 73.

⁶ Conseil supérieur des bibliothèques, *Rapport pour les années 1998-1999*.
<http://www.enssib.fr/autres-sites/csb/rapport98/csb-rapp98-integral.html>

se los puede juzgar, que son poco confiables. En los discursos oficiales, estos Centros se presentan como "el centro de la vida del colegio o del liceo", pero en la realidad, los alumnos denuncian frecuentemente su cierre en horarios en los que podrían trabajar allí así como una insuficiente capacidad de recepción. Y se quejan por no poder aprender realmente a hacer una investigación.

Afortunadamente, también pueden apoyarse en una red de bibliotecas municipales que se transformaron radicalmente durante los treinta últimos años. Pero no están presentes por todas partes y para una cantidad de jóvenes, la biblioteca escolar constituye el único lugar de contacto con los libros.

Si la situación es un poco más holgada en otros países de Europa, las bibliotecas escolares son, en todas partes, algo así como los "parientes pobres"⁷. Añado finalmente que en un país como Canadá, pensado durante mucho tiempo desde Francia como modelo en este ámbito, muchas bibliotecas escolares debieron recientemente reducir a su personal, disminuir las horas de apertura a usuarios o las adquisiciones, a causa de la reducción de sus recursos. Muchas de ellas son accesibles a los alumnos únicamente si están acompañados por un profesor. Y muchos profesores no comprenden el rol de los bibliotecarios y no los aceptan como verdaderos socios pedagógicos, considerándolos administrativos, técnicos, o, en el mejor de los casos, proveedores de información. Sin embargo, se difundieron en Canadá investigaciones realizadas en los EEUU, que demuestran el impacto de la biblioteca escolar en el éxito de los alumnos⁸.

Tuve que apelar a estas realidades para demostrar cómo una cantidad de países, o de establecimientos escolares, dan pruebas de una falta absoluta

⁷ Cf. Entrevista con Martine Poulain realizada por Ramon Salaberría, *Educación y biblioteca*, Madrid, 117, noviembre de 2000.

⁸ Carole Tilbian, « Canada : Bibliothèques scolaires et formation du bibliothécaire scolaire », *Savoirs CDI*, SCEREN/CNDP. <http://savoircdi.cndp.fr/international/Canada/Canada.htm#>

de conciencia de lo que se juega en las bibliotecas, de un desconocimiento respecto de su importancia, y de una ignorancia respecto del valor del trabajo de los profesionales que las hacen vivir. En tal contexto, es necesario destacar, día tras día, este valor.

Una segunda oportunidad

Por mi parte, tomé conciencia de esa importancia, escuchando hablar a unos jóvenes que, apoyándose en bibliotecas escolares y municipales, habían podido encontrarse mejor equipados para elaborar un margen de maniobra frente a los determinismos sociales y familiares, a veces muy pesados, de los que eran objeto⁹. En estas conversaciones realizadas en barrios periféricos de ciudades francesas, me quedé impactada por los múltiples usos que hacían de las bibliotecas. Para ellos, eran un verdadero salvavidas, una segunda oportunidad, que les permitió compensar una parte de las desventajas socioculturales que obstaculizaban su desarrollo.

Quizá sea necesario recordar aquí que la apropiación de la cultura escrita, y, desde allí, el éxito escolar, se juegan ante todo al interior de la familia. Por ejemplo, se ha observado desde hace tiempo que los niños y las niñas que han tenido acceso en sus familias, desde los primeros años, a la lengua de la narración se encontraban más a gusto cuando se enfrentaban al aprendizaje de la lengua escrita, que aquellos y aquellas que han crecido en familias donde el uso de la lengua era limitado y utilitario. Gracias a investigaciones sociológicas, se destacó también la importancia, en el transcurso de todo el recorrido escolar, del ejemplo de los padres, de la relación que ellos establecen con la cultura escrita, de la lengua que hablan,

⁹Véase Michèle Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, México, Fondo de cultura económica, 1999.

del tiempo que consagran a ayudar al niño, a asistirlo en sus deberes, de la atención que le prestan. Cuando niños y adolescentes crecen en medios alejados de la cultura escrita, es necesario desarrollar dispositivos y condiciones específicas. De no ser así, el conocimiento formalizado y la cultura escrita se deslizarán por sobre muchos de ellos sin alcanzarlos, o formarán una especie de pátina superficial con la cual mantendrán una relación ambivalente, entre la fascinación y el rechazo.

A modo de ilustración, quisiera hablar un poco de las dificultades de la democratización de la enseñanza en mi país. En 1985, se lanzó una consigna como objetivo: "80% de cada generación al bachillerato". Desde entonces, se incitó a los niños de medios populares a proseguir sus estudios, para que no engrosen las cifras del desempleo juvenil declarado. La masificación de la enseñanza fue conducida "a marcha forzada y tambor batiente, sin proveer de los medios pedagógicos necesarios para acoger a esos nuevos alumnos secundarios"¹⁰, a esos nuevos estudiantes. Por eso, un considerable número de los jóvenes de medios populares que ingresan a la universidad, salen de ella uno o dos años más tarde, sin ningún título y con mucho resentimiento. Tienen la impresión de que la escuela les halagó con vanas ilusiones - y una parte de ellos participó en los motines urbanos que conocimos el año pasado. El sociólogo Stéphane Beaud indagó en algunos de ellos, que habían sido alumnos de mediano rendimiento¹¹. Realizó entrevistas y observó sus maneras de estudiar y vivir, durante años. Pudo así "trasponer la fachada" y descubrir que no estaban preparados para las exigencias de la vida de estudiante: tomaban mal sus cursos y no los completaban, sus notas eran ilegibles, la

¹⁰ Stéphane Beaud, *80 % au niveau bac... et après ? Les enfants de la démocratisation scolaire*, 2003, Paris, La Découverte-Poche.

¹¹ Id.

ignorancia sobre la bibliografía era completa, no disponían ni de fichas, ni de libros, no consultaban en las bibliotecas, etc

Beaud evaluó hasta qué punto estos jóvenes no tenían hábitos de trabajo personal. Los varones, en particular, habían trabajado poco en sus casas o en las bibliotecas durante sus estudios secundarios, para no quedar ante sus amigos como los "traidores al barrio" que "se hacen los orgullosos" - mientras que las chicas, por el contrario, habían frecuentado asiduamente las bibliotecas porque tenían como objetivo escaparse del barrio y del control social. Desalentados en los años de liceo (de quince a diez y ocho años), estos muchachos no estaban después en condiciones de enfrentar las exigencias de la universidad.

Resulta muy perjudicial, según Beaud, la actitud que demuestran de "bloqueo" frente a los libros, y de hostilidad hacia la lectura de la que muchos dan prueba. "El vínculo con la cultura escrita es una pieza esencial en relación al éxito escolar, es la clave de todo", afirma Beaud, y también: "El bloqueo de los muchachos en relación con la lectura es una cuestión fundamental que condiciona el acceso a los estudios, pero también su relación con la política"¹². Los que pasan el filtro se lo deben a un encuentro feliz con un docente, con una chica, o agrego yo, con un bibliotecario.

Ya que trabajar de manera autónoma, utilizar las fuentes documentales, familiarizarse con una bibliografía o tomar notas, son, precisamente, competencias que pueden desarrollarse en la biblioteca – si está presente un profesional capacitado y dispuesto a ayudar. De igual modo, las bibliotecas escolares parecen particularmente apropiadas para contribuir a cambios de actitudes hacia la lectura, en colaboración con las bibliotecas municipales cuando éstas existen.

¹² Entrevista con Stéphane Beaud: <http://www.ac-versailles.fr/pedagogi/ses/vie-ses/hodebas/beaud1.htm>

Un espacio cultural, más que un dispositivo didáctico

De eso dan prueba una parte de los jóvenes con los que realicé entrevistas en barrios desfavorecidos. Fueron a las bibliotecas para encontrar un marco estructurante donde se motiven unos a otros, documentos que no existen en la casa, un profesional dispuesto a ayudarlos. Pero también encontraron allá las oportunidades de pasar a otra relación con el saber y la cultura escrita, más autónoma, en la que la curiosidad personal tenía su parte. A otra forma de aproximación a la lectura, no sancionada por una nota, que contribuyó a un trabajo psíquico de construcción de sí mismo, reforzando la autonomía. Habiendo modificado su relación con el saber y con los libros, eran menos desfavorecidos en su recorrido escolar. Y al menos en igual medida, las bibliotecas y la lectura eran para ellos un vehículo para descubrirse o construirse, para elaborar su subjetividad.

De una manera más amplia, cuando perciben a la lectura como una tarea fastidiosa de la que siempre deben dar cuenta, algo que los obliga a estar inmóviles, una ocupación del gusto de padres y maestros que les roba el tiempo que se supone es libre, muchos adolescentes terminan odiando los libros. En cambio, cuando los libros les permiten acercarse a un conocimiento oculto, investigar sobre los enigmas del amor o del poder, aclarar aspectos de sí mismos que los inquietan, pueden encontrar un lugar, junto con otros objetos, en su universo.

En el corazón de cualquier lectura no obligada, quizás haya una búsqueda, un poco transgresora, de algún secreto¹³. En este sentido, los adolescentes no difieren de los niños o los adultos. Pero algunas inquietudes

¹³ Véase Michèle Petit, « El extraño objeto que nos reúne », Conferencia en el seminario del Plan nacional de lectura del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, Buenos Aires, 5 de mayo del 2005.

se les presentan con una agudeza particular: la del sentido, cuya búsqueda se vuelve tan imperiosa a esa edad, la del cuerpo sexuado, modificado, metamorfoseado que los enfrenta con impulsos y deseos cuya violencia sorprende y de los que, sin embargo, no pueden hablar por pudor (aún si se disimula tras un lenguaje crudo) y el temor al ridículo ante los demás.

Para dilucidar los misterios de la sexualidad, las intrigas de los sentimientos amorosos, los jóvenes que encontraba habían indagado en múltiples direcciones: revistas, historietas, extractos de textos clásicos encontrados en algún compendio, literatura para jóvenes, canciones, poesía, etc. Buscaban palabras, frases irradiantes, relatos, para responder a las preguntas que los atormentaban, para aplacar sus temores. Para permitir que se exprese lo más íntimo, las fantasías eróticas, las pulsiones mortíferas, las esperanzas, los capítulos oscuros de su historia familiar. Y en este espacio protegido de las miradas descubrían, apaciguados, y a veces exaltados, que otros habían tenido las mismas emociones, los mismos sueños y temores.

Ingresaban así a la lectura como experiencia singular. No necesariamente se transformarían en grandes lectores, pero no rechazarían los libros, ni los libros los asustarían. Los ayudaban a poner en palabras su propia historia, a ser un poco más sujetos. Sabían que gracias a ellos, podían aprender mucho sobre ellos mismos, sobre ciertas regiones de ellos mismos que no sabían expresar, y sobre el mundo que les rodeaba.

En los años posteriores a mis investigaciones en barrios marginales y al compás de mis viajes, tuve numerosos ejemplos, por todas partes, de jóvenes que habían podido, gracias a un mediador atento e imaginativo, descubrir que un libro podía ser así fuente de pensamiento, apaciguamiento, exaltación, de placer, y no de humillación. De niños que nunca pronunciaban una palabra en el aula y que empezaban a hablar, cuando experimentaban que no se les

reclamaba ninguna ficha, ningún deber sobre lo que habían leído. Niños que hasta entonces parecían ausentes, y que "aterribaban", por fin, cuando tenían la posibilidad de ir lejos con la imaginación, de embarcarse en una historia que alguien les leía, de abrirse un espacio. Adolescentes que, al encontrar en un libro una metáfora que iluminaba su propia experiencia, se reconciliaban con esos objetos que hasta entonces consideraban "cosas de maricas".

A veces, es un docente el que hace posible tales encuentros, cuando transmite su propia afición por los libros, cuando encuentra las palabras para que el saber y la cultura no sean percibidos como algo impuesto, a lo que uno debe someterse. Pero el lugar por excelencia para estos diálogos, para estas apropiaciones, es la biblioteca, que es propicia al secreto y a los hallazgos singulares. La biblioteca no es la rival del aula, es un lugar distinto que puede ser el espacio privilegiado para una relación con el libro que no se fundamente en las perspectivas utilitarias de la enseñanza, que permita en particular esos tiempos de ensoñación, de fantasía de los cuales no debemos rendir cuenta a nadie, en los cuales se forja el sujeto y que, tanto como los aprendizajes, ayudan a crecer y, sencillamente, a vivir.

Por eso; la biblioteca debería afirmarse como un lugar dotado de una cierta extraterritorialidad en la escuela. Una tierra de libertad, "un espacio de no obligariedad en el marco de la obligariedad" - para tomar prestada una fórmula a Ani Siro¹⁴ -, no sometido a la "rentabilidad" escolar o al servicio exclusivo de la pedagogía. Por supuesto, esto no quiere decir que no haya que trabajar con los profesores, sino, al contrario, se trata de aprender a conocerse y de inventar otras formas de gestionar, ya que en todas partes, el desconocimiento mutuo sigue siendo la norma: muchos bibliotecarios imputan

¹⁴ La utiliza a propósito del « Centro de lectura para todos » que armó con Ana Maria Kaufman en el Instituto Parroquial San Pedro Claver; ahora lo anima Javier Maidana.

a los profesores el poco gusto que los adolescentes tendrían por la lectura, y muchos profesores ignoran a los bibliotecarios o los consideran simples técnicos. Algunos profesores se sienten incluso amenazados por la autonomía que algunos de sus alumnos conquistan en compañía de libros. Otros, por el contrario, ven en la biblioteca escolar una oportunidad para cambiar sus prácticas pedagógicas.

Para poder cumplir plenamente con su misión, para ayudar a consolidar el vínculo de niños y adolescentes con la cultura escrita, la biblioteca tiene que ser el lugar para el desvío, el rodeo, en el que el vínculo con el conocimiento, con la lectura, con los libros, sea de un orden diferente al existente en clase y que no se limite a la búsqueda de información o documentación. Tiene que transformarse en *un espacio cultural más que en un dispositivo didáctico*, especialmente cuando los alumnos no tienen la posibilidad de acceder fácilmente a otra biblioteca, sea familiar, municipal o popular.

De ese modo, no será tanto el espacio donde "construir", "formar" o "calificar" lectores, sino aquel en el que un niño, un adolescente, pueda muchas veces descubrir el deseo de formarse, construirse, calificarse.

El papel clave del mediador

Para que esto sea posible, se requieren mucha atención personalizada, mucha inventiva, muchas competencias, mucha destreza, por parte de la persona encargada de la biblioteca, y que sepa desescolarizar el vínculo con los libros. Esto supone no abandonar al joven usuario a sí mismo, una vez transpuesta la entrada, sino acompañarlo discretamente, a lo largo de meses, de años, y renovarle la autorización de aventurarse más lejos de aquello que le resulta familiar. Muchas veces, se le presupone al joven una autonomía al mismo tiempo que se espera que la biblioteca lo ayude a construirla. Y aquel a

quien le falta autonomía, o la autonomía lo asusta, a causa de su historia familiar, o porque sus referencias culturales están a años luz de las de la biblioteca, queda perdido, excluido; deserta de los lugares, o se muestra agresivo, o se encasilla en lo que ya conoce. Algunos adolescentes releen así sin cesar los mismos tres libros, y su trayectoria gira en torno a ellos hasta el día en que dejan de leer. O tienen en una ocasión una experiencia iluminadora, y después aparentemente no encuentran nada.

Otros no llegan a la biblioteca más que para hacer sus deberes y juntarse con sus amigos. Día tras día, pasan horas enteras rodeados de libros, pero nunca buscan nada más que lo que les pidieron los docentes, nunca le encuentran gusto a la lectura. Para ellos, la biblioteca no es más que un recurso para el trabajo hecho en clase. Para otros, en cambio, como los que mencionaba antes, la biblioteca es también el lugar de una apropiación íntima y autónoma de la cultura escrita en todas sus formas. Entonces ¿por qué estos últimos consiguen diversificar su manera de utilizar la biblioteca, y no lo consiguen los primeros? La respuesta es compleja, y escapa en parte a los bibliotecarios, aunque disponen de un buen margen de maniobra.

Ya que los que crecieron en un medio poco familiar a los libros y que consiguieron apropiarse de las bibliotecas y los bienes que en ellas se encuentran, lo lograron por el despliegue decisivo de la hospitalidad, de la calidad de recepción, de la escucha. Cito a Pilar : *«Saber que alguien está ahí, que te escucha... El hecho de tener un cierto lugar en la biblioteca. Que te dicen buenos días, te llaman por tu nombre, “Cómo estás?”, “Estoy bien”. Con eso basta... Uno se siente reconocido. Que tiene un lugar, que esta en su casa»*. Esos jóvenes llamaron mi atención sobre la importancia de los momentos en los que una persona encargada de la biblioteca está genuinamente disponible para un niño o para un adolescente. Cito a un joven,

Christian : *« Siempre me sorprende, me sorprende agradablemente, ver la dedicación de las personas que trabajan en la biblioteca. Uno les expone el tema y ya está : se movilizan y todo se pone en movimiento para ayudarte. Es realmente sorprendente. Ahora ya estoy acostumbrado, pero al principio, eso me dejaba con la boca abierta. Me preguntaba yo : ¿ Pero, a fin de cuentas, qué les importa lo que busco yo ? »*

Queda claro que lo considerado valioso por Christian no es solamente la aptitud técnica del bibliotecario para orientarse en el mundo de la documentación. Lo valorado es la forma de acogida al niño, al adolescente. Y ellos van a hacer uso de esa disponibilidad que encuentran tan raramente en un adulto. Van a apoyarse en él, no sólo para su investigación, sino también para reanimar su pensamiento, dar una nueva vuelta a sus deseos, a sus sueños, a su vida y para aventurarse un poco más lejos. Como dice Hadrien: :*“Antes que nada, la biblioteca es un lugar humano, es absolutamente necesario que así lo sea. Aun si aterrizamos al multimedia y a la informática omnipresente. Si no existe la mediación humana, ¿de qué sirve?”*

La biblioteca puede ser así el espacio privilegiado de un encuentro singular, de un intercambio individual con un adulto, mientras que el aula favorece siempre la sociabilidad, la integración en el grupo. Ahora bien, estos intercambios individuales son tan estructurantes y son poco frecuentes, en nuestra época, fuera de la familia y de eventuales espacios terapéuticos. Digo « fuera de la familia », como si fuera evidente que los padres pudieran prodigar tal atención, tal disponibilidad a cada niño. Pero cuando la lucha por la supervivencia, o el trabajo, acaparan el tiempo diario, cuando la madre o el padre está deprimido o preocupado, no está en condiciones de conceder tales momentos a los niños. Todo ser humano tiene la impresión que no se lo escuchó bastante, pero en algunas familias, la falta real de escucha es tal que

puede ser perjudicial para el desarrollo psíquico del niño y afectar sus capacidades para integrar y apropiarse de los conocimientos.

Por eso insisto sobre el impacto de esos momentos de encuentro, de esa posibilidad de ser escuchado. Los bibliotecarios subestiman el hecho de que contribuyen e influyen, a veces de manera decisiva, en el destino de las niñas y los niños a los que acogen, en particular por intercambios personalizados.

Aquí me sumo a la opinión de Edmir Perrotti que, en Brasil, trabajó mucho sobre las bibliotecas escolares. Cuando se le pregunta qué es lo mínimo necesario para que una biblioteca funcione, responde: *"Estoy convencido de que es la persona que trabaja allí, el mediador entre el niño, la información y el espacio"*¹⁵ ».

Más allá de la escucha prodigada al niño, este mediador, por su propia actitud con los objetos que están en la biblioteca, por sus gestos, sus sugerencias, por su voz, por las historias que va a leer, podrá volver deseable la apropiación de la cultura escrita - a condición, por supuesto, de que él mismo tenga curiosidad por el mundo y disfrute de la compañía de los libros. Es el interés profundo del mediador por los libros, su verdadero placer por leer, lo que el niño y el adolescente perciben. No se puede fingir: si no ponemos en ello el corazón, el niño se dará cuenta. Más vale, en ese caso, dejar esa iniciación a otra persona cuyo gusto por la lectura sea más firme.

Un espacio abierto hacia lo próximo y lo lejano

Que la biblioteca dé lugar a intercambios gratificantes es la primera condición para que sea propicia para verdaderas apropiaciones de los bienes

¹⁵ Edmir Perrotti, « Biblioteca nao é depósito de livros ». Entrevista con Marcio Ferrari, Escola on-line. http://revistaescola.abril.uol.com.br/edicoes/0193/aberto/mt_139439.shtml

que allí se encuentran. Éstas aparecen también facilitadas por diversas aperturas, diversos pasajes, comunicaciones.

Por la comunicación entre lo oral y lo escrito, que muy a menudo están presentados como opuestos. Sin embargo, antes del texto fue la voz, y aún hoy, el primer mediador de la lengua escrita es habitualmente la madre, algunas veces el padre, o una tía, o una abuela, que lee o cuenta historias al niño. Haber escuchado historias en voz alta, narraciones en un lenguaje que difiere de la forma relajada de la vida cotidiana, es la mejor puerta de entrada a la cultura escrita. Recuerdo a menudo que en Francia, los niños cuyas madres les han contado una historia cada noche tienen dos veces más posibilidades de convertirse en lectores asiduos que los que prácticamente nunca escucharon alguna.

Libro y voz son compañeros, y la biblioteca es un ámbito natural para la oralidad. Es el lugar de las miles de voces que están ahí presentes en los libros, ya que un libro se escribe a partir de la voz interna del autor. En cada libro hay una voz que a veces proviene de hace siglos y que cada lector hace vivir cuando lo lee, en voz alta o con su voz interna. Pero para que la gente que vive lejos de la cultura escrita llegue a encontrar la voz que transportan los libros, se necesita que un mediador preste su voz personal.

En los últimos años, en muchos países se ha redescubierto la oralidad, y se ha combinado lo oral y lo escrito en las bibliotecas escolares o municipales. De esta manera, se tejieron vínculos con la comunidad y entre las generaciones: esta práctica toma muchas veces la forma de lecturas “oralizadas” compartidas, realizadas por un bibliotecario, por madres o padres de familia, o por abuelas cuenta cuentos; o la forma de círculos de lectura o de grupos de teatro con adolescentes que llevan las obras fuera de la biblioteca. O también, eso puede tomar la forma de las "estaciones de la

memoria" desarrolladas en las bibliotecas escolares de Sao Bernardo Do Campo, en el Estado de Sao Paulo, en Brasil, donde los habitantes van a contar y registrar sus relatos de vida, sus recuerdos, que luego pueden ser consultados al igual que las fuentes de información o los bienes culturales "universales"¹⁶. Dicho sea de paso, estoy interesada en enterarme de las experiencias originales que ustedes conocen, para hacerlas circular.

Bien lo saben, algunos niños se resisten a aprender a leer para no distanciarse de sus padres analfabetos, o rechazan los libros por el temor inconsciente a traicionarlos, mas aún cuando esos padres temen que la cultura escrita se lleve a sus niños a un mundo extraño del que ellos se sienten excluidos. Si en cambio, los padres pueden estar asociados al descubrimiento de ese mundo nuevo, ganados por el placer de leer o escuchar a otro que lee, y compartir sus propias riquezas, particularmente al contar cuentos y leyendas que conocen, sus niños experimentan un sentimiento de legitimidad y se sienten mejor autorizados a entrar en la cultura escrita. Y por otra parte, se enriquecen las conversaciones y los intercambios en la familia.

De una manera parecida, muchos hijos de migrantes hacen frente a conflictos respecto de su lealtad cuando deben apropiarse de una lengua o una cultura alejada de la de sus padres. Y aún en esos casos, la biblioteca puede facilitar unas comunicaciones. Ya lo mencioné en otras oportunidades¹⁷, me parece que debería reconocer diferentes historias, diferentes universos culturales, en vez de presentar un fondo monolítico. Cuando la historia del país de origen de los padres, sus obras de arte, su literatura, incluso sus idiomas, están representadas en la biblioteca, aunque sea en unos pocos títulos o en un objeto, cuando encuentran un espacio, sea en las estanterías o en las

¹⁶ Edmir Perrotti, entrev. citada.

¹⁷ Michèle Petit, « Lectura y exilio », Conferencia en el marco del Postitulo docente de la Escuela de Capacitación docente de Buenos Aires, Teatro del Instituto Bernasconi, Buenos Aires, 14 de mayo del 2005.

mesas, en los momentos de animación, junto a los bienes culturales del país o de la región de llegada, los niños y los adolescentes sentirán orgullo por ellos, aunque ni siquiera los toquen. Por el contrario, si la biblioteca sólo valora la cultura dominante, se fracasa en el intento de construir puentes.

Pero esto no significa encasillar a nadie en su cultura de origen. Si cada uno tiene derecho a un vínculo con la historia de sus antepasados, también lo tiene al extrañamiento, a la ampliación de su universo cultural, a distanciarse con respecto a las asignaciones comunitarias, familiares, sociales, territoriales. Cada uno tiene derecho a abrirse hacia lo próximo y lo lejano. Los hijos de inmigrantes con quienes conversé estaban muy contentos de tener acceso, gracias a la enseñanza y a la biblioteca, a un mundo más amplio, a otros círculos diferentes a la familia, la localidad o la etnia de origen. En la mayoría de los casos, el horizonte de los jóvenes provenientes de medios populares es estrecho: rara vez se aventuran a ir al centro de la ciudad, donde hay tantas cosas que les hacen sentir que no pertenecen a ese lugar. Muchos de ellos no pueden enfrentar las situaciones que se les presentan fuera de su contexto habitual, fuera de la protección de sus allegados¹⁸.

Concebimos cuán importante es estimular a esos jóvenes a que conozcan otros barrios, cuán importante es desarrollar vínculos con otras bibliotecas, municipales o populares. Pero, en muchos países, se persiste en una situación de ignorancia mutua, de desconfianza, o incluso de rivalidades y peleas entre instituciones. En cambio, cuando se establecen relaciones de cooperación, todos obtienen beneficios: “recursos documentales multiplicados para los alumnos, racionalización del financiamiento público, aportes de competencias diferentes por parte de diversos profesionales”.¹⁹ En nuestra

¹⁸ Véase Stéphane Beaud (*op. cit.*).

¹⁹ Conseil supérieur des bibliothèques, *op. cit.*

época de trabajo en red, se ofrecen nuevas y variadas oportunidades. Pero, como dice Martine Poulain, « *una red no es sólo una red técnica, sino también la manera en que la gente quiere trabajar conjuntamente y la manera en que una ciudad, una provincia, una región va a querer tejer su territorio* ». Incluso si las autoridades de las que dependen las bibliotecas escolares, municipales, populares, son diferentes, deberían concebirse como eslabones de una misma cadena. Esto supone que los intercambios se multipliquen, por ejemplo gracias a pasantías en otras instituciones, para aprender a conocerse. En Francia, unas bibliotecas municipales tienen una delegación en las escuelas, garantizando una familiarización precoz y vínculos permanentes.

Me refiero a esta situación en la que existen distintos tipos de bibliotecas en un barrio o una ciudad. No siempre es posible, pero sí altamente deseable, según mi opinión. Es una oportunidad cuando existen espacios diferenciados, con vocaciones propias - aunque éstas coinciden en parte -, que trabajan de manera articulada. Las autoridades públicas deberían poner empeño en desarrollar y modernizar estos espacios fundamentales que, de manera complementaria, pueden desempeñar un papel clave, tanto para el porvenir de los niños como de la comunidad: la biblioteca de clase, la biblioteca escolar, y la biblioteca o la mediateca pública - « oficial » o « no oficial », en el caso de las bibliotecas populares. Como lo escribe Silvia Castrillón, « el argumento de la escasez de los recursos lleva a engaños (...) los recursos sí existen, como han existido para otras obras y programas menos fundamentales para la vida cotidiana (...). Lo que no existe es una decisión política ni un reconocimiento de su utilidad »²⁰.

²⁰ Escribe también : « Se ha dicho que la escuela debe abrirse a la comunidad y que la biblioteca puede ser una alternativa para esta apertura. Esto es verdad. Bibliotecas escolares abiertas a la comunidad pueden ser la solución para comunidades rurales o en poblaciones pequeñas en donde la escuela se constituye en el centro de la actividad cultural y la biblioteca pública puede ser un exceso por la poca densidad de población. En un

Más allá, la cooperación con nuevos socios es muy enriquecedora, en particular con espacios no formales de promoción de lectura, con instituciones culturales, con artistas, con los encargados de la salud de la primera infancia. Por ejemplo, la Sociedad argentina de pediatría ha armado un programa para que los pediatras estimulen la lectura, pero ignoro si esto ha dado lugar a muchos intercambios con bibliotecarios. De una manera más amplia, el Plan Nacional de Lectura puso el acento, de manera sumamente interesante, en el reconocimiento de la pluralidad de las mediaciones de la lectura, en « la construcción de un entramado complejo que vincula las posibles prácticas escolares con las prácticas sociales de lectura », en términos de Gustavo Bombini²¹. Si estuvieran dotadas de recursos y de personal suficientes, las bibliotecas, escolares y públicas, podrían constituir una pieza clave en esta articulación entre prácticas, entre diversos artes de hacer y podrían ser las garantes de la continuidad de esos vínculos.

Facilitar los pasajes

Podrían también desempeñar un papel esencial en el « cruce de actividades con los diferentes campos artísticos – teatro, cine, música y pintura – que enriquezcan el horizonte cultural de los maestros y niños », que menciona también Bombini. Cada vez más, los bibliotecarios tienden pasarelas entre soportes, entre los audiovisuales, los numéricos, los impresos, lo que resulta particularmente interesante con los jóvenes. Ellos disfrutan también de los puentes tendidos entre saberes habitualmente compartimentados : en la biblioteca, no sólo se puede leer lo que se quiere, a

documento que recoge estudios sobre la eficacia de la modalidad de las bibliotecas público-escolares en diversos países, solo se salvan las que se encuentran en medios rurales. » Silvia Castrillón, « Bibliotecas públicas y bibliotecas público-escolares », in *Bibliotecas públicas y escolares*, op. cit., p. 35.

²¹ Gustavo Bombini, « Prácticas usuales y nuevas urgencias para una agenda de la promoción de la lectura ».

su ritmo, sino también poner en relación lo que se quiere. Es el lugar por excelencia dónde pensar de manera transdisciplinaria. Algunos profesores lo saben bien y conciben precisamente tales encuentros entre disciplinas a partir de este espacio.

Agrego que infringir los límites que determinan leer tal o cual libro según tal o cual edad, es valioso para estimular una verdadera apropiación, a juzgar por la experiencia de los usuarios. Les voy a contar una anécdota. El año pasado, el Ministerio mexicano de Educación me había pedido presentar en la feria de Guadalajara la selección anual de libros para las bibliotecas escolares del país. Una noche, en París, recibí tres grandes cajas terriblemente pesadas, donde se encontraban 144 libros que miré con malos ojos. Traté de clasificarlos según la edad que parecían requerir a sus destinatarios, teniendo en cuenta lo que me habían contado jóvenes lectores y mis propios recuerdos de lecturas de infancia. Tres metros separaban así el *Libro de nanas* a la izquierda, de la edición integral del *Quijote* a la derecha. Escribí mi presentación, bajo la forma de un diario de un niño que crecía y después de algunos días, consulté el catálogo. Me di cuenta de que los libros no estaban distribuidos entre primaria y secundaria como había imaginado. Sólo me quedaba esperar que el ministerio cometa algunos errores al momento de las entregas para que, al igual que yo, los niños y los adolescentes puedan transgredir las fronteras que separaban las lecturas destinadas a unos y otros, sin que nadie les diga que esto o aquello “no es para tu edad”. Y con eso, quemarían etapas, anticiparían. O tendrían el gusto de encontrar al niño que fueron, como este joven que vuelve de vez en cuando a la biblioteca para hojear libros leídos en su infancia, porque no tiene ninguna fotografía de él cuando era pequeño.

Pienso en un muchacho que comenta: *“Una biblioteca, si está dividida en compartimientos, está arruinada...”* O en Hadrien: *«Estamos ahí por otra cuestión y las cosas nos van llevando y uno se da cuenta que está curioseando. Una biblioteca es un lugar donde uno debe quedarse sin apuro. Es un lugar de perdición, cuando generalmente la biblioteca es considerada ante todo como un lugar de eficiencia.(...) Tiene que ser algo donde encontrar un posible, un desplazamiento, una circulación. »*

Sí, una biblioteca escolar - al igual que cualquier otra biblioteca - debería ser un lugar muy ordenado en el que uno aprenda a situarse, pero donde también pueda perderse. Y como a Hadrien, me gusta que las bibliotecas sean lugares donde las cosas no resulten inamovibles, espacios que no se vean reducidos a unas funciones, del mismo modo que la lectura no puede ser reducida al acceso a la información o a una cultura común, a la lucha contra el analfabetismo, al entretenimiento, a la construcción de sí mismo, etcétera. Me gusta — y a los usuarios les gusta — que en una biblioteca uno se aproxime a los conocimientos más avanzados, a las tecnologías de punta, pero que se preserve también la parte de sombra, de intimidad, de jardín secreto donde se descubren unos frutos prohibidos. Me gustan las bibliotecas con luz natural, abiertas al exterior por ventanales, pero que incluyen también rincones más recónditos. Adoro que sean lugares de descubrimientos, de exploraciones, desde la edad más joven, donde el imprevisto, el azar, formen parte importante. Pienso en una chica que me dijo: *“¿La biblioteca ideal? Tú vienes, buscas un libro, y después descubres otro libro”*.

Gracias a estos vagabundeos, estas desviaciones, esa expectativa, algo se inventa, y el niño o el adolescente se acerca a su propio pensamiento, a su

propio deseo, a lo que aún ignoraba²². Una biblioteca, como diría otro chico, Malik, “*no es solamente un hangar de libros, es mucho más*”. Efectivamente, puede ser mucho más: el descubrimiento de otro mundo, donde se habla otra lengua, la lengua del relato, o la de la poesía, o la de la demostración rigurosa; donde no siempre se sabe bien lo que se busca, pero dónde algo se encuentra. Una casa de los posibles, en la que las historias leídas hacen nacer pensamientos que arrancan de las calles en las cuales se pasan los días, y mirarse a sí mismo de otra manera.

El escritor español Gustavo Martín Garzo dice que la casa de la literatura es la de Tarzán y Jane, que tienen un lugar para ellos, abrigado en la profundidad de las ramas, pero al que entran los gritos, los olores de toda la selva²³. A mi me gustaría que las bibliotecas fueran como la casa de Tarzán y Jane, donde se tiene un espacio propio, pero donde se acoge al mundo entero. Donde se pueda ir y venir, como el niño que se emancipa, que va y viene mientras se aleja progresivamente de sus padres, o como Montaigne en su biblioteca, deambulando para “agitar”²⁴ su pensamiento. Vamos y venimos, las bibliotecas están allí, cerca, y está siempre la posibilidad del retorno, cada vez que nos parece. Nos dan prueba de una continuidad, tan esencial a nuestras vidas, de una fidelidad - a condición, por supuesto, de no encontrar su puerta cerrada.

²² Cf. Michèle Petit, *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

²³ Conferencia en las Segundas Jornadas interprofesionales organizadas por el Centro UNESCO de Cataluña y el Grup de Biblioteques Catalanes, Calafell (España), 11 de marzo 2005.

²⁴ « Ma pensée ne va que si mes jambes l’agitent ».

Reconocer el valor del oficio de bibliotecario²⁵

A lo largo de esta exposición, espero que hayan medido la importancia de su trabajo, del trabajo de los que animan las bibliotecas escolares. También la complejidad de su tarea. Freud decía que existen tres profesiones imposibles: educar, curar y gobernar a los pueblos. Quizas ocuparse de una biblioteca, y particularmente de una biblioteca situada en una escuela, es una tarea tan fundamental y tan difícil como las que Freud citaba.

Vimos qué se espera del bibliotecario que se destaque en el arte de las relaciones interpersonales : escuchar a los jóvenes usuarios con benévola y discreta atención y dejarse conducir por su empatía e intuición, tanto como por sus conocimientos, para recomendar a cada uno el libro que le enseñará mucho sobre sí mismo. Se espera que el bibliotecario sepa asegurar a los niños un acompañamiento pedagógico y documental, pero desescolarizando la lectura, volviéndola deseable, placentera, divertida, en especial con los adolescentes que con frecuencia dan prueba de un antiintelectualismo feroz..

Hoy esperamos también del pobre bibliotecario que reflexione sobre su propia relación con los libros, con el fin de no transmitir sus ambivalencias y contradicciones. Que sea muy hábil en el dominio de las nuevas tecnologías. Que sea, asimismo, un lector apasionado, agudo conocedor de los cuentos regionales como de las leyendas lejanas, de los clásicos como de la literatura contemporánea, de los ensayos como de los álbumes que han revolucionado el arte gráfico. Que no vacile en salir de la biblioteca, construir puentes hacia el barrio, acercarse a la comunidad, y de una manera mas amplia con el resto de la ciudad. Que sea, en todo lugar, un narrador y un animador jovial, sin perder

²⁵ Esa parte es una versión modificada de una intervención presentada en el Tercer Encuentro Internacional sobre bibliotecas públicas, que tuvo lugar en México DF (18-19/11/2005.) Cf. *Memoria del Tercer Encuentro Internacional sobre bibliotecas públicas*, México, Conaculta. Fué traducida por M-A Gutiérrez, S. Rivera y A. Solórzano.

por lo mismo sus aptitudes de catalogador obsesivo. Se espera de él o de ella que sea un guía que sepa transmitir el arte de abrirse un camino en el laberinto de las estanterías, y transformar un ambiente extraño en un lugar familiar. Más aún, que sea un trabajador social, un decorador de interiores, un gerente eficaz, un diplomático astuto en sus relaciones con los docentes, las familias, etc. En resumen: un Santo. O una Santa, ya que la mayoría de las veces los bibliotecarios son mujeres, que escogieron este oficio para no ser maestras, o porque amaban los libros, o porque amaban el orden, los estantes bien ordenados, o los niños, los adolescentes, el contacto con el público. O bien porque tenían la fiebre militante y anhelaban contribuir al desarrollo cultural de su país, etcétera.

Las ambivalencias, las contradicciones que se pueden hallar en las bibliotecas, reflejan también la gran complejidad del acto de leer. Por poner sólo un ejemplo, ¿cómo hacer coexistir en un mismo espacio a quienes privilegian la relación íntima con los libros y vienen en busca de la tranquilidad, de la ensoñación, del pensamiento, y a quienes desean que la biblioteca sea ante todo un lugar de debate, de socialización, de encuentros, como esa niña que dice: *“quisiera ver a gente que jamás he visto, y con la que yo pudiera discutir sobre un tema”*? Es difícil administrar esa pluralidad, y sin embargo es una riqueza.

Si quisiéramos cargar un poco más los hombros de los bibliotecarios, con gusto yo añadiría otra tarea a las mil y una facetas de su trabajo —tarea que una parte de ellos y de ellas ya realiza—: la de ser investigadores, etnólogos de los públicos. Observar cómo proceden los niños, los adolescentes, o los padres con los niños, escucharles, ser atentos. También observarse a sí mismo, con un poco de distancia. Y, de vez en cuando, transmitirme sus comentarios, sus asombros. Nosotros, en Europa, también

tenemos mucho que aprender de otros países. Yo les puedo asegurar lo siguiente: cada vez que un bibliotecario francés viene a América Latina, regresa excitado, entusiasta y asombrado por la energía que los bibliotecarios ponen para promover la lectura, y por la inventiva con la que muchos realizan ese trabajo “imposible”, a pesar de las grandes dificultades y de las deficiencias del servicio público.

No idealizo. Sé que la pasión o la buena voluntad no son suficientes y que nada vale como la solidaridad institucional. Por ejemplo, en ese país, el año pasado, unas mujeres que recorren su región leyendo libros a los niños, en zonas marginadas, me contaron que un día que se iban, después de tres semanas, una niña les había pedido que le dejaran al menos un libro. Con todo el dolor de su corazón le trataron de explicar que eso no era posible. Otro niño, para quedarse con algo, se aprendió un cuento de memoria antes de que ellas se llevaran el libro. No había ninguna biblioteca cerca.

La biblioteca es una de las instituciones más generosas, más hospitalarias, que han inventado los humanos. Uno de esos pocos lugares que, por lo menos hasta ahora, escapan a la simple lógica de la ganancia. Pero es escandaloso que en tantos países, los bibliotecarios, así como los maestros, sean tan mal pagados. En dondequiera y a cada momento escuchamos bellos discursos a la gloria de la lectura — discursos que, a menudo, tienen un efecto inverso a aquel que pretenden —, pero aquellos y aquellas que trabajan verdaderamente, día a día, a favor de una democratización del acceso a los libros, son escasamente reconocidos y retribuidos. Nuestras sociedades — o los poderes públicos que supuestamente las representan — son por lo general muy ingratos con ellos y con ellas. En parte, me parece que ese trato injusto es la expresión de una misoginia ordinaria, pues estos trabajos son desarrollados sobre todo por mujeres. Cuando una sociedad o aquellos que la representan,

proclaman un interés por la democratización cultural, ésta debe considerar los medios, comenzando por dar salarios decentes, espacios agradables, sencillos quizá, pero estéticos, armoniosos, una formación, inicial y continua, de calidad y un fácil acceso a los libros para el mismo mediador.

Lamentablemente, estamos lejos. En su análisis comparado de planes de lectura en Iberoamérica, Luis Bernardo Peña y Beatriz Helena Isaza escriben : "Con la excepción de un solo país, los problemas relacionados con la formación de los bibliotecarios, el poco reconocimiento social a su trabajo y los factores de distinto orden que atentan contra su estatus profesional y su permanencia en las bibliotecas no aparecen mencionados explícitamente como un motivo fuerte en la justificación de los planes²⁶". Y también : « Son muy escasas las acciones enfocadas a la formación de los bibliotecarios o al mejoramiento de su estatus profesional, así como a lograr una mayor articulación entre las bibliotecas públicas y el sistema escolar²⁷ ».

En muchos lugares, la escasez de los medios puede desmentir las declaraciones oficiales sobre los beneficios de la lectura y poner en un callejón sin salida los esfuerzos de los profesionales. Quizas esto sea imputable al hecho paradójico de que el Estado sostenga la lectura, esa práctica "libertaria", un poco sediciosa, de la que se supone que contribuye a la construcción de ciudadanos críticos. Y sin embargo, en las sociedades democráticas, corresponde a los poderes públicos dar a cada uno, desde su más joven edad, los medios para acceder a los libros, ya que cada uno tiene derechos culturales: el derecho de apropiarse de los conocimientos formalizados, pero también de obras donde los escritores y los artistas transcribieron lo más profundo de la experiencia humana, en una forma estética y condensada, que

²⁶ *Una region de lectores*, Cerlalc, Ilimita, 2005, p. 148.

²⁷ Id. p. 211.

relanza el pensamiento, agranda y ordena el mundo que nos rodea, así como las regiones interiores de las que estamos hechos. Las bibliotecas no son solamente templos de la información; son también conservatorios de sentido.

Y son garantes de nuestra libertad. Lejos de ser espacios marginales, son lugares esenciales, un bien común, como el aire, el sol o el mar. Y los bibliotecarios son pasadores de fronteras que nos evitan vivir refugiados bajo una campana, que agrandan nuestros espacios de referencia y nos permiten sentir que formamos parte de algo más amplio que nosotros mismos «*Con los libros, veo algo más que a mí misma cuando miro mi vida*», decía una mujer, en el campo, en Francia. En otras palabras, es lo mismo que me fueron diciendo adolescentes y jóvenes en Brasil, en las favelas o en el campo, quienes gracias a unos mediadores de gran calidad, pudieron apropiarse de libros: "*Lo más importante, quizás, es que me sentí formando parte de algo más extenso, que iba más allá de mí*".

Bueno, ya termino. Sólo quise recordarles el *valor* de la profesión que ustedes los bibliotecarios llevan a cabo, y el sentido profundo que tiene el oficio de iniciador a los libros. Y les agradezco mucho que me hayan escuchado.

Traducido del francés por Ani Diamant